

## Ideas sobre el cuento y la novela

El ingeniero y escritor Samuel Rovinski, representante en Costa Rica de la Comunidad Latinoamericana de Escritores, expuso en la Facultad de Ciencias y Letras sus ideas sobre el cuento y los personajes literarios en general. Habló de su libro de relatos *La hora de los vencidos* y de sus obras dramáticas. Rovinski ejerce actualmente su profesión de ingeniero civil, pero sus pocos ratos de ocio los dedica a la literatura.

Además de las obras mencionadas adelante, tiene en prensa un nuevo libro de novelas cortas que aparecerá en las próximas semanas. Rovinski estudió en el Liceo de Costa Rica, y ese tiempo de estudiante le dan sus primeros cuentos. Después estudió ingeniería civil en México, y a su regreso ha vuelto a dedicarse a la literatura como creador y como representante en nuestro país de la Comunidad Latinoamericana de Escritores.

En la universidad expuso sus ideas sobre el cuento y respondió a numerosas preguntas sobre la literatura, planteadas por estudiantes de Estudios Generales. En los párrafos que siguen se ofrece a los lectores un breve resumen de los conceptos expuestos por el ingeniero Rovinski.

Me considero un escritor en busca de su expresión —afirmó Rovinski—; ahora, en una circunstancia como esta se encuentra uno frente a un mundo de temas y de experiencias sobre los cuales se puede hablar mucho. Así, respondiendo a una pregunta que se me hizo al entrar a la sala, sobre si la profesión influye en el escritor como tal, creo que no; me inclino a afirmar que la clase a que pertenece, y el medio en que se desarrolle sí influyen en el escritor, pero no lo determinan. Antes que ingeniero fui escritor o aficionado a las letras; pero hubo un momento en que me abandoné momentáneamente esas aspiraciones para seguir una carrera que me permitiera ganarme la vida, pues es bien sabido de todos que en nuestro medio el ser escritor no es todavía una profesión de la que se pueda vivir. Así mis primeros cuentos se escribieron en el Liceo y vieron la luz en los periódicos. Hoy releo esos relatos y sonrío; sonrío con cierta benevolencia, porque lo que yo escribí hace años hoy le parece ajeno. Pero sonrío con benevolencia porque en aquella época no podía escribir de otra manera. Las influencias eran directas de los libros que se leían en el Liceo y de lo que los maestros nos decían. Hoy, en cambio, las influencias, las lecturas son mucho mayores. La amplitud de la producción literaria actual obliga a asimilar diversas influencias y a un mayor esfuerzo en la creación. De modo que lo que se escribe hoy tendrá que ser diferente de lo que se escribió en los años mozos.

*La hora de los vencidos* fue escrito y dado a conocer como un volumen de cuentos; pero en realidad era una colección de relatos escritos en diferentes épocas. El lector se da cuenta de que incluso la temática es heterogénea y la forma es ecléctica; todo lo cual podría ir en detrimento de la unidad del libro; sin embargo, considero que el título que di al volumen explica la unidad temática que informa el libro. *La hora de los vencidos* es la hora de los fracasados, de los frustrados. Todos sus relatos presentan al personaje en un momento de crisis y en la mayor parte de estos relatos es el hombre fracasado el que llega al final del cuento.

Si ahora se me pregunta que de dónde salen esos personajes y de dónde surgen esos temas, y por qué se expresaron de esa manera y no de otra. A esto respondo que el cuentista está siempre dentro de lo real, pero lindando con lo imaginativo fantástico. La participación de la fantasía se da, sobre todo, al determinar el comportamiento de los personajes en la trama y la trama misma, todo lo cual

revive cuando el lector lo recrea.

En cuanto a los personajes, todos ellos son reales, concretos; yo los conocí. Algunas de las situaciones son también concretas; yo sólo las trasladé al papel; pero esos personajes no se comportan en el relato como lo hacen en la vida diaria. Un ejemplo podría ilustrar esta idea con mayor claridad: el cuento "Prosperidad número cuatro". Esos personajes son tan reales que todavía los conservo en la memoria. "Prosperidad número cuatro" es el edificio en donde viví de estudiante, y Antonio era el conserje del edificio. En el cuento, Antonio es el conserje en sentido general, puede ser cualquiera de los conserjes de México, o el mejicano perteneciente a un grupo social marginado. Antonio es un viejo que vive con su familia en un pequeño cuarto de un edificio de apartamentos. El edificio es lujoso, la renta que se cobra es alta; Antonio vive en la parte baja del edificio y siente que toda aquella mole pesa sobre sus espaldas con un peso tremendo que él no puede soportar en ciertos momentos: es el peso de una vida marcada por la pobreza, por la vida en lo económico y en lo social; Antonio siente sobre sus espaldas

toda aquella opresión, ¿pero qué hace? No reacciona haciendo la revolución, como le sugiere el peluquero amigo suyo, quizá en una suerte de broma. Antonio lo que hace es quemar el pequeño puesto del zapatero para darse el gusto de ver las llamas y de destruir algo. Bien, todos estos hechos son reales, es decir, el edificio de apartamentos existe, el conserje existe y el puesto del zapatero fue quemado. Lo que no sé es si verdaderamente lo quemó el conserje; pero esa posible relación de los hechos me hizo escribir el cuento de ese modo. Por otra parte, "El estanque de la soberbia" es un cuento que ocurre en un mundo de sapos. Ocurre, pues, en un mundo imaginario en donde los sapos gobiernan y manejan a los mosquitos y a otro grupo de insectos que no pudieron combatirlos. Esta presentación del relato responde a una premisa, a la idea de la situación del hombre en el mundo y a la historia de la humanidad. Lo que he hecho es simplemente un simulacro de ese mundo imaginario. Sin embargo, cuando el lector llega a ese mundo y se encuentra con sapos cantores, sapos científicos, sapos políticos, sapos literarios y sapos ignorantes, los acepta como seres pensantes; y esta es la magia del cuento, magia que consiste en que el lector participa de un juego dramático con el escritor. El lector acepta la realidad mostrada por el escritor, sea ésta realista o fantástica. El lector saca sus conclusiones o no las saca, se entretiene o se indigna, pero siempre está ahí participando de ese juego dentro del mundo del cuento. Otro caso, esta vez verdadero, es el del cuento "La decisión"; aquí un soldado, Hentley ha ido a la guerra porque su patria lo ha llamado y como ciudadano ha tenido que ir a la guerra. Le repugnan los actos bárbaros de su sargento, le repugna la guerra en sí; pero en el momento del combate es un soldado como los demás; lucha, mata y muere. En este caso, muere como héroe sin habérselo propuesto. Bien, a uno de estos personajes lo conocí; fui muy amigo de un ex-combatiente de la gue-



Resumen de una charla del Ing. Samuel Rovinski

rra de Corea. El me relató lo sucedido. Yo solamente lo trasladé al papel, porque la idea me interesó mucho; la idea de que el hombre destruye al hombre sin ninguna justificación y, porque aunque fuera posible una justificación, el hombre no tiene derecho de destruir al hombre. Por otro lado, hay en este libro algunos cuentos románticos, otros que son estampas; unos que tienen un mensaje; otros que no; pero todos participan, podría decirse, de una doble realidad: aquella de la cual parten y la otra, la que se le antoja al escritor.

Al hablar de *La hora de los vencidos*, ahora, cinco años después de su publicación, la tentación de hacer una crítica es grande, tanto que mi próximo libro, que aparecerá dentro de pocas semanas es menos extenso y totalmente diferente. Tal vez es un poco mejor; y es natural que así sea, si hay el propósito de enmendar los errores, de hacer mejor literatura a través de un mayor conocimiento del oficio. Si esta literatura no es mejor cabe entonces hacer una autocrítica, ser consciente de que no se puede escribir mejor y abandonar la literatura. Yo desearía que no me suceda esto, porque tengo una gran preocupación porque mis cuentos sean cada vez mejores.

Cuando les dije que los personajes en ocasiones son concretos y en otras imaginarios, quería referirme a la preocupación en cuanto a lo que sería la realidad concreta y la realidad fantástica. En estos momentos en la literatura latinoamericana que tan en boga está en Europa y de la cual han surgido tantos buenos escritores, hay una preocupación por el cómo expresar la realidad latinoamericana. Nadie quiere eludir, nadie quiere hacerla a un lado, todos quieren expresar la realidad de este continente, que es un continente de problemas sociales, socio-económicos y que vienen parejos con ellos problemas artísticos, literarios. Ustedes ya conocen la obra de Sábato, conocen la obra de Miguel Angel Asturias, conocen la obra de Vargas Llosa, de García Marquez; en fin, todos estos escritores se expresan de una manera diferente; unos dentro del realismo fantástico y otros dentro del realismo concreto. Todos buscando la realidad de la situación. Quiere decir que toda narración se desarrolla a partir de hechos concretos y

el escritor dentro de esa particularidad de su genio de poder linar entre lo real, lo concreto, lo demostrado científicamente y lo fantástico, lo mágico, se desenvuelve como un pez, manejándose en los dos ámbitos llevando de un lado para otro al lector, subyugándolo en algunos casos y haciéndolo reaccionar al contrario en otros. Pero lo más importante de toda esta literatura, fuera de la temática y la forma de expresión es una búsqueda del lenguaje. La narrativa costarricense en lo particular ha estado totalmente desorientada en cuanto al lenguaje, y aquí ha surgido una preocupación por los nuevos escritores, por encontrar el lenguaje preciso que nos muestre esa realidad costarricense. Se da el caso curioso de muchos narradores costarricenses que emplean el tuteo en los diálogos; esto está absolutamente alejado de la realidad; otros, dentro del voseo, recurren a una técnica del lenguaje que podríamos considerar atrasada en cincuenta años. Yo también, preocupado por el lenguaje, lo que he hecho en la mayor parte de mis cuentos es evadirlo. He tenido que recurrir a pequeñas imágenes, a pequeñas expresiones que conozco muy bien. Y las he puesto porque representan exactamente nuestra realidad lingüística. Pero para escribir la verdadera novela costarricense o el cuento costarricense de la ciudad o el cuento rural, hay que hacer las veces de filólogo y sociólogo. Hay que tener la libreta de apuntes, hay que saber recoger los fonemas y todo ese lenguaje que está ahí vivo, vigoroso y que en el momento de verterlo hacia la literatura se diluye en una suerte de academismo, en una suerte de lenguaje elegante, pulcro; en otras en un lenguaje vulgar también alejado de la realidad. Con esto lo que quiero decir es que mi preocupación no se basa únicamente en sentarme a escribir un cuento, sino en que este cuento traiga, además de la realidad, un mensaje, porque el cuentista pertenece a su tiempo y a su sociedad. Y si este cuentista no es capaz de dar la imagen de su sociedad, y no simplemente imagen fotográfica, sino una imagen que produzca alguna reacción, que provoque la acción, entonces no debe escribir. Porque el problema que se presenta es el extremismo de un realismo socialista a un juego de la palabra por la palabra, extremismos paralelos a otros extremismos políticos que pueden perjudicar la literatura. Un realismo socialista es contraproducente para la literatura porque la vulgariza, la baja de categoría; y, por el otro lado, una búsqueda del lenguaje por el lenguaje mismo, un juego de florituras del lenguaje a lo único que conduce es a una destrucción de la literatura; por lo que la llamo yo terrorismo del lenguaje. Las posibilidades de la narrativa costarricense son inmensas. Y creo que llegará el verdadero escritor costarricense que escriba la verdadera novela nuestra, la que todavía no se ha escrito, con el perdón de mis colegas —muchos de ellos son estimables amigos míos—, los quiero mucho, pero todavía no se ha escrito la gran novela costarricense. Y estoy seguro de que surgirá en algún momento el gran novelista que sea interpretador esa realidad costarricense y llevarla a la categoría de novela de calidad. Muchos eluden los temas

que aparentemente son pequeños, por lo pequeños, porque piensan que no tienen la envergadura necesaria al tema de novela, para interesar al novelista; pero si nosotros leemos las novelas de Miguel Angel Asturias y nos vamos al otro polo y leemos las novelas de Julio Cortázar, vemos que lo que nos están manifestando no son personajes grandiosos, personajes de epopeya, son personajes de la vida cotidiana, la mayor parte de ellos seres frustrados, desorientados, pero que dan un gran ambiente y una gran realidad, que puede interesar y preocupar al lector. Así es que no es de la falta de tema de lo que adolecemos en Costa Rica, sino de la falta del gran escritor. Por lo pronto y por mi parte, lo único que hago es experimentar, seguir escribiendo y si alguna vez logro escribir algo de verdadera calidad, pues me sentiré sumamente complacido. Para finalizar esta charla, lo que les he tratado de decir, me queda hablar del cuento, ¿qué es el cuento? Hemos hablado de personajes, de la temática, de los diferentes modos de expresión, muy someramente; pero no hemos definido qué es el cuento. Sobre esto se ha hablado mucho y hay muchas definiciones. Unos lo definen en cuanto a la extensión; según esto un cuento no debe pasar de determinado número de palabras; en cuanto al espacio: un cuento no debe moverse fuera de determinado espacio; en cuanto al tiempo, debe, como en el teatro —dicen algunos— cumplir con ciertas unidades: de tiempo, lugar y acción.

Otros opinan que el cuento es simplemente la facultad de narrar algo, el cuentista lo único que tiene que hacer es sentarse a narrar algo y la extensión no tiene importancia; otros hablan del ritmo; la diferencia que existe entre el cuento y la novela en cuanto al ritmo. El ritmo del cuento ha de ser diferente del de la novela; el de la novela es más pausado, el del cuento debe ser más acelerado por su menor extensión; pero unas y otras definiciones quedan interrelacionadas. Otros —y esto ha sido lo clásico dentro del cuento— consideran que el cuento debe tener la presentación del personaje, la peripecia o sea el desarrollo de la trama y la conclusión que siempre debe ser sorprendente. El lector no debe adivinar en ningún momento cuál ha de ser el final; aunque algunos escritores dan ciertos indicios de lo que será el final, otros lo ocultan; eso ha sido lo clásico del cuento. Sin embargo, si ustedes leen cuentos magistrales de Cortázar, este escritor a veces nos da el final al principio. Entonces surge el problema de cómo hacer un género de un objeto de tan discutida clasificación. Bueno, en esto entonces debe existir cierta flexibilidad. Yo creo que el cuento participa de varias de estas definiciones. Una de ellas, primordial para mí, es la clásica; el cuento debe tener sorpresa al final, porque si no es así el interés del lector puede perderse dentro de un laberinto de palabras, que a la larga sólo conducen a un esfuerzo cerebral por comprender. La otra característica del cuento es su extensión. No quiero decir con esto que el cuento debe tener diez o treinta páginas. Pero sí digo que no debe rebasar la extensión de una novela corta.

Y aquí viene el problema de definir la novela corta pero esto lo dejamos de lado por ahora. Cuando yo escribo un cuento lo que más me preocupa es la extensión y los personajes dentro del cuento. Para mí el cuento debe manifestar un ser o un grupo en crisis. No puede pensarse un desarrollo desde su origen hasta el final, presentando caracteres; el cuento debe tomar al individuo en este momento tal y como está y, si es necesario, dar ciertos indicios sobre su carácter o sobre sus antecedentes, pero tomarlo tal y como está en un momento de crisis, y llevarlo en esta crisis hasta el final de ella o dejarlo suspenso, sin un final definido.